



El valor de la educación

Dra. Juana María Sancho Gil



Expreso mi profundo agradecimiento doctor Alfredo Barrera Baca, rector de la Universidad Autónoma del Estado de México, al Honorable Consejo Universitario, a los honorables consejos de las facultades de Ciencias de la Conducta y de Humanidades, así como a los integrantes de esta afamada universidad, por el reconocimiento que supone su propuesta de investirme como doctora *honoris causa*.

Al recibir el premio Nobel de Literatura, Albert Camus le escribió una carta a su profesor de primaria Louis Germain, en la que le hacía saber que sin él, sin la mano generosa que tendió al niño pobre que era, sin su enseñanza y su ejemplo, nada de esto habría existido. En mi caso, tuve la fortuna de nacer en una familia cuyo cuidado y capital cultural siempre he reconocido. Cuando se me comunicó que recibiría esta distinción por la UAEM, pensé en mencionar a “mis párvulos de Paniza”; aquel grupo de niños y niñas de entre 4 y 5 años agitó mi corazón y mi mente como maestra primeriza de poco más de 20 años. La adjudicación de esta clase me confrontó con toda mi ignorancia. Con la duda de si sería capaz de proponerles una experiencia educativa que les mereciera la pena, que los llevase a aumentar su curiosidad y sus ganas de aprender a lo largo de su vida, yo ya había notado que cuanto más sabemos y estudiamos, más nos damos cuenta de la magnitud de lo que nos queda por conocer en todos los campos, pero sobre todo en el de la educación.

Estos niños y niñas me ayudaron a constituirme como maestra, profesora e investigadora. Me enseñaron sobre cómo aprendemos, sobre las dife-

rencias individuales, la importancia del contexto, la necesidad de reconocer al otro “como un legítimo otro” (Humberto Maturana DÍXIT), de salir de la inercia educativa basada en la prescripción y no en el descubrimiento. Me confrontaron con mi impotencia cuando no lograba que alguno de ellos avanzase al ritmo que quería, sin pensar en la diversidad de los momentos de desarrollo y en la rigidez de los programas escolares.

Casi 50 años después sigo pensando que tener acceso a la educación es lo mejor que le puede suceder a un ser humano. Contar con el tiempo, el entorno, las personas y las condiciones que le permitan sentirse reconocido, acogido y emocionalmente seguro, además de pensar-se, adquirir saberes, valores, habilidades a los que no puede acceder en su medio familiar y social es el mejor regalo. Según el artículo 26.1 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, la educación es un derecho; sin embargo, la organización Oxfam Intermón afirma que este beneficio se le sigue negando a más de un millón de personas que sufren pobreza extrema, que no tienen acceso a agua potable ni a otros servicios básicos como la salud. Para mí esto es un gran reto, porque sin educación no hay justicia social.

Seguí estudiando, trabajando e investigando. Decidí irme a Inglaterra para trabajar como assistant teacher; realicé un máster en el London School of Education que supuso otro hito en mi trayectoria académica, la cual se entreteje en torno a tres puntos fundamentales: 1) la necesidad de mejora y



transformación del sistema educativo; 2) la importancia fundamental de la investigación, y 3) el interés de introducir visiones críticas y sistémicas al campo de la tecnología educativa, en el que el potente discurso de la industria tecnológica minimiza la complejidad de los modelos educativos, introduciéndolos en la locura del solucionismo tecnológico, puesta en evidencia por Evgeny Morozov.

En relación con el primer punto, he vivido distintas reformas, pero ninguna ha cuestionado a profundidad las relaciones de poder en las que se asienta; en términos de Foucault, el potente dispositivo que representan estos sistemas. Ninguna de estas ha logrado trastocar el sentido de los tiempos y los espacios escolares, la noción factual, declarativa, transmisiva y disciplinada del conocimiento o la posición subordinada de docentes y estudiantes. De ahí su poca capacidad de mejora en sociedades que experimentan cambios profundos, situación inercial que con otros colegas hemos intenta-

do manifestar. En mi práctica docente siempre me he propuesto transgredir los límites de la institución, poner al alumnado en el centro del proceso de enseñanza y aprendizaje, y vivir la educación como una pasión. En la universidad lo hago en compañía de los profesores que integramos el grupo de innovación docente Indaga-t.

Mi interés por la investigación, además del reconocimiento de mi ignorancia, fue motivado por la conciencia, por una parte, de que la mayoría de las prescripciones educativas se basaban más en las creencias de quienes las hacían que en las evidencias; por otra, descubrir que la investigación a la que tenía acceso –muy influenciada por la psicología y la sociología–, tendía más a etiquetar que a explicar la complejidad de los fenómenos educativos. La reducción de los individuos y los estudios en números no me ayudaba a entender y a abordar los problemas vinculados a la práctica docente y al funcionamiento de las instituciones. Así, a finales de la década de 1970,



Humanidades



Fernando Hernández y yo comenzamos a buscar nuevos horizontes, decisión que marcó la diferencia. Nos permitió cuestionar los principios del positivismo lógico y adentrarnos en visiones más ecológicas, sistémicas y construccionistas, así como considerar los giros onto-ético-epistemológicos y metodológicos de los nuevos materialismos y empirismos. Además, pensar en las aportaciones de la física teórica (Barad) para vincular a las personas con los objetos del mundo que les rodea, pues están interconectados, antes de que la mirada del investigador los separe. Nos situamos en perspectivas de estudio inclusivas, porque conllevan investigar con y no sobre otros. Perspectivas que seguimos desarrollando en el grupo de Esbrina y que nos ayudan a entender problemas emergentes de la educación desde miradas transdisciplinares.

Como profesora, soy consciente de la importancia de la tecnología educativa en todas sus dimensiones: artefactual, organizativa, simbólica y biotecnológica. Los artefactos disponibles,

del lápiz al tipo de mobiliario; los principios organizativos, desde los tiempos y espacios a los programas de enseñanza; los elementos simbólicos, desde los lenguajes y representaciones visuales a los símbolos culturales, aunado a las condiciones de salud y bienestar del alumnado y del profesorado, marcan de forma poderosa el sentido de la formación escolar. Derivado de ello surgió un conjunto de iniciativas para promover la introducción de la informática en las aulas, cuyo desarrollo exponencial propició un discurso que superpone la noción de tecnología a la de tecnología digital, lo cual supone que las escuelas que no usan ordenadores, tabletas o celulares no la poseen.

Mi participación en el primer programa de informática educativa en

Cataluña, España, me llevó a profundizar en este tema y a realizar distintas investigaciones para –desde una perspectiva crítica– de la tecnología, cuestionar falacias y situar posibilidades, limitaciones y retos que la tecnología digital pretende para la educación. En los últimos tiempos me ha interesado de forma específica, más que el uso, el impacto que tienen las tecnologías persuasivas en el aprendizaje, utilizadas para programar la mayoría de las aplicaciones, y las consecuencias sociales de la inmensa cantidad de información que los jóvenes ofrecen a través de internet. Esto podría ser un ingente proyecto de investigación, mucho más interesante si se llevase a cabo en distintos países.

Mi trayectoria docente y académica ha sido un viaje a Ítaca (Kavafis) en el que sigo apasionada por la educación. Si pudiera pedir un deseo, sería crear una gran iniciativa que implicase a las personas de todos los campos de conocimiento interesadas en temas educativos para avanzar en el misterioso y maravilloso mundo del aprendizaje. Esto contribuiría a crear un mundo más acogedor, justo, amable y cuidadoso, no sólo para los humanos, también para el resto de los habitantes del planeta.



Juana María Sancho Gil es catedrática en la Universidad de Barcelona, coordinadora del grupo de investigación Formación, innovación y nuevas tecnologías, así como codirectora del Centro de Estudios sobre el Cambio en la Cultura y la Educación del Parque Científico de Barcelona. En marzo del 2019 recibió el doctorado *honoris causa* por la UAEM.

